

# Entre la catequesis de la experiencia y el doctrinarismo

PEDRO GIL LARRAÑAGA

Recién leído, del P. Bro, como cabecera de su libro *La Meule et la Cithare*:

«Veit Bach, un panadero que vivía en Hungría, se vio obligado a dejar este país para salvaguardar su fe. Después de haber convertido, en la medida en que fue posible, sus bienes en dinero contante y sonante, se dirigió a Alemania y encontró en Turingia la libertad para ejercer su religión. Se estableció en Wechmar, cerca de Gotha, donde reemprendió su oficio. Le gustaba servirse de una pequeña cítara que llevaba al molino para tocar, mientras la muela estaba en movimiento. Admirable concierto. Aprendió así a guardar firme el compás». Así empieza Juan Sebastián Bach su *Origen de la familia muscial Bach*, escrito en 1735.

El descendiente del panadero, Juan Sebastián, quiere subrayar que así aprendió el sentido y la firmeza del ritmo.

Bro utiliza este recuerdo para comenzar su definición de la oración: el encuentro con Dios se alimenta en el trabajo, en el hacer de la vida real.

I.

0.

En este comentario no queremos ampliar desde otro punto de vista la reflexión expresada acerca de la persona del educador de la fe en los niveles de BUP y FP2.

Queremos presentar cinco ejemplos de acción.

Pero tampoco se trata de menospreciar aquella reflexión. Entendemos que es fundamental, que es nuestra tarea más urgente hoy. Sí. Mucho más que los programas mismos debe contar nuestra actitud ante ellos.

Por eso estos cinco ejemplos no son para copiarse. Pretenden ayudar a ver cómo puede hablar (más modestamente: dictar-explicar) un educador de la fe que, en su esfuerzo por asumir la programación, se siente en la necesidad de ampliar o añadir algunas cuestiones.

No hablaremos, pues, de su persona, sino de un capitulillo concreto de su acción.

1.

En los quince últimos años, entre nosotros, en la catequesis, se ha dado un camino significativo. Se expresa tal vez en el título de este comentario. Muchos entre nosotros, comenzaron en la Catequesis de la Experiencia y se van inclinando ahora hacia un cierto Doctrinarismo.

Probablemente no entendieron —no entendimos— qué significaba aquello de la experiencia de vivir en la educación de la fe. Tal vez sin darnos cuenta convertimos el encuentro con Dios en encuentro con nosotros mismos. Ni más ni menos, el problema de siempre en lo cristiano: reducir la trascendencia a inmanencia.

Es fácil comprenderlo. En realidad todo procede de que el cristiano debe hablar dos lenguajes a la vez. Debe hablar de sí, con palabras que le son evidentes y entrañables. Casi, casi, las únicas de que dispone. Y a la vez debe hablar el silencio: necesita escuchar el misterio que le habita y darle nombre de persona. Pero, al hacerlo, está violentando, trascendiendo hacia dentro su propia comprensión. No puede salir de sí mismo: en su vida no hay más que lo suyo. Pero debe encontrar a su Dios, vida de su vida, superador de lo suyo dentro de sí mismo.

2.

En el fondo —y por eso viene bien la referencia a la obra de Bro— hay siempre un criterio definitivo: de Dios no sabe quién habla de El, sino quién habla con El.

Misteriosamente, en la oración queda superada toda posible contradicción entre lo trascendente y lo inmanente. No llegamos a comprenderla, no. La vivimos. O, tal vez más justo: nos vive.

Debe ser eso. Lo que nos faltó en nuestra entrega a la Catequesis de la Experiencia era la Oración. No que no rezáramos; sino que no atendimos bastante el tema de la Oración.

Hoy ocurre igual. Quienes insisten en la separación entre clase de religión y catequesis pecan de lo mismo. No perciben la imposibilidad de hablar de Dios sin invitar a la oración. O tal vez no nos la hacen percibir.

Se llega entonces a una presentación descarnada, irreal, ideológica... de la Palabra de Dios. Olvidamos que se alimenta de nuestro hacer diario y que por eso las palabras de la fe deben ser castellano sentido, palpado, habitual. De la disolución de Dios en psicologismo pasamos a la disolución de lo humano, a la negación de la Encarnación.

3.

Pues bien. Pocos niveles se prestan hoy a este riesgo como los de BUP-FP2.

Se insiste en los programas —y bien hecho está— en que son los últimos días de catequesis para la vida de tantos muchachos. Se insiste en ello para recalcar la importancia de que se les provea de una síntesis suficiente, algo que les ayude en su vida posterior a vivir lo cristiano. Más tarde, cuando hayan dejado la escuela, deberán poder servirse de los instrumentos que organizan nuestros programas. Y bien dicho está.

Pero. Siempre hay un pero.

Lo que queda es haber aprendido a encontrarse con Dios. Dentro de bien poco, olvidarán, por ejemplo, las consideraciones sobre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, la historia del pensamiento social cristiano, el concepto mismo de sacramento... Pero podrá quedar el instinto de buscar a Dios en la hondura del silencio abierto por el trabajo, por las relaciones humanas, por la búsqueda de la propia identidad, por la perplejidad ante las instituciones. Quedará tal vez el instinto de llamar a Dios en la oscuridad del silencio. Tal vez, incluso, el sobrecogimiento ante el hecho de que en la vida no le buscamos, sino que El nos busca.

Ahora bien: ¿hay conciencia de esto en quienes manejamos los programas de religión?

No nos sobran contenidos, no. Por más que se hable de un corrimiento de perspectiva en nuestra Iglesia, de una nueva obsesión por la ortodoxia, no nos sobran contenidos. Nos falta percibir su intención, su naturaleza, su método.

Su método, eso es.

4.

Hubo un tiempo, cuando comenzamos a hablar de Catequesis de la Experiencia, en el que entendíamos esto del método de un modo tal vez no suficientemente reposado.

Entendíamos que la educación de la fe se da según el educando va aprendiendo a poner en relación su real experiencia de vivir y la Palabra de Dios. Hasta aquí no hay problema.

Todo se complicaba, en cambio, cuando queríamos poner en marcha este principio. Llevados de una prisa inexplicable, pretendíamos hacer de este principio el eje de programación inmediato de nuestra catequesis.

Habíamos vivido tiempos en que la experiencia de vivir no era tenida en cuenta para nada en la educación de la fe. Se trataba sencillamente de «comprender» o retener un corpus doctrinal, más o menos fijo, es decir, más o menos al día. Era una catequesis de contenidos más que de personas. Nos dábamos cuenta de que el acento de la llamada teología kerigmática quedaba ahogado por el fantasma del modernismo. Y entonces era lógico que, al percibir la necesidad de vitalizar todo aquello, estructuráramos el proceso en dos pasos: primero, evocar las situaciones básicas de la vida del educando; después, presentar la Palabra de Dios en relación con tales situaciones. Había que cambiar, bien expresamente, todo el planteamiento.

Pues bien. En esta reacción a los tiempos anteriores había un fallo: sencillamente, de reposo o de madurez en la comprensión del tema.

5.

La vida nos enseña a distinguir entre lo que se entiende y lo que se vive. Lo que se entiende: las ideas, las programaciones, los datos; lo que se vive: el proceso de ir encontrando la satisfacción, la perplejidad, la esperanza, la comunicación, la propia identidad. Se puede llegar fácil y rápidamente a la claridad en lo que se entiende. No es tan rápido el aprendizaje de la satisfacción.

Resulta que eso de la satisfacción de vivir es como un poso largamente sembrado y largamente esperado tras un largo hacer. Incluso, es un resultado que muchas veces supera todas nuestras programaciones: pretendíamos tal cosa (lógica, previsible, de manual) y nos encontramos con tal otra (viva, individual, desconocida).

La catequesis de la Experiencia debía habernos enseñado a mirar la educación de la fe de este modo.

Así habríamos percibido que los planteamientos deben estar claros en el corazón del maestro mucho antes que en el texto del programa. Que un maestro así puede incluso no necesitar un texto expresamente construido según su propio corazón. Que la relación entre experiencia de vivir y Palabra de Dios pertenece al mundo de las intenciones o de los objetivos más que al de los criterios de programación.

6.

En el método hay dos niveles: el fundamental y el inmediato. Como en la vida.

El fundamental se refiere a los resultados de nuestro trabajo.

Nos hace ver que en realidad sólo podemos formular el método usado cuando ya hemos acabado de usarlo. En este sentido no hay método del todo definido previamente a la puesta en marcha del programa. Lo hay, en cambio, cuando éste ha concluido. Entonces, en los últimos días, vamos percibiendo que todo se reducía precisamente a eso: al método, a la actitud que usábamos. Percibimos entonces que los datos concretos podrán ser olvidados; pero quedará la manera de mirar la vida a cuyo servicio o desde la cual han sido formuladas las ideas y los temas concretos.

El otro nivel del método, el inmediato, se refiere a la metodología diaria, al plan de acción o de programación.

Apunta a los textos, a los procedimientos, a las actividades, a los controles. Es el camino para ir llegando poco a poco al punto final, cuando todo lo hecho se asuma en la fórmula definitiva. En este nivel estudiamos el proceso lógico de la formulación y asimilación de cada tema, el modo de vivirlo con amenidad, es decir, respondiendo a la capacidad de interés de este educando concreto ahora mismo. Es un trabajo largo, paciente, esforzado, de ir construyendo la escalera que será inútil el día en que hayamos llegado a la altura. Entonces queda el panorama, invisible antes.

7.

En la situación actual de la educación de la fe, sobre todo en los niveles de BUP y FP2 corremos el riesgo de volver a olvidar todo esto.

Estamos a punto de adjuar de los planteamientos de la Catequesis de la Experiencia al insistir en la presentación «neutra», «cultura», «seria» de los datos religiosos. Hay quien dice que la Catequesis de la Experiencia, es decir, la Catequesis propiamente dicha, debe hacerse luego, en otro ambiente.

Y en parte tiene razón. No hace falta decir por qué lado.

Pero no tiene razón si pretende tratar a Jesús como dato en un ámbito y como persona en otro. Son dos lenguajes incasables.

8.

Los tiempos no están enseñando dos caminos para superar esta dificultad: la educación en la oración y el tema religión-cultura.

9.

Sabemos bien a qué se refiere el primero.

Dice que el definitivo criterio de la educación de la fe reside en el «aprendizaje» del instinto de la oración.

Dice que en la presentación del dato cristiano debe siempre estar claro que el encuentro personal con Dios es obra de Su gracia y no de la lógica racional.

Dice que el alumno lo va aprendiendo cuando descubre el lugar del silencio, de la admiración, del sobrecogimiento, de la contemplación... en su vida.

Olvida este dato quien se limita a una presentación neutral de lo cristiano, a la aportación de un «rico» conjunto de contenidos.

Lo cual evidentemente no significa que en clase se haya de rezar. Significa que el educando percibe muy bien si la oración cuenta en la vida de su educador, en su manera de hablar, en su visión personal de los contenidos.

10.

El segundo camino no es tan fácil de formular.

Se refiere al realismo. Al realismo creyente.

Se refiere a que el maestro debe tener bien claro que toda palabra cristiana se encarna en las palabras diarias, grises o solemnes, de los hombres. Debe entender que la palabra de los hombres se hace cristiana cuando éstos perciben su entraña de misterio: no cuando la olvidan para inventarse otra.

En el fondo, es el tema de la Encarnación: Dios es la vida de nuestra vida; el origen, motor y destino de nuestros deseos; alma de todas nuestras palabras, de las que hablan de organización, técnica, derivadas, etc., y de sacramento, comunidad, misterio.

Por eso, con excelente sentido, todos los actuales programas de religión insisten en que se tenga en cuenta el desarrollo de las demás asignaturas. Se dan cuenta de que la educación de la fe debe recoger —o suscitarlo, cuando no se haya expresado— el silencio aparecido en las demás asignaturas.

Olvidarlo significa vaciar a la ciencia de su intención humana y vaciar a la fe de todo realismo. En el fondo, no entender la relación entre experiencia de vivir y Palabra de Dios.

11.

Cuando el alumno percibe estas dos actitudes en su maestro va aprendiendo

el método. Aquello que debía haber bajo la Catequesis de la Experiencia y que hace cristianas las nuevas programaciones.

Aprende que en cristiano lo fundamental es encontrarse con Dios en el silencio sonoro del hacer humano.

Eso sí que puede quedarle. Habrá aprendido el instinto de relacionar la palabra de las ciencias y el Evangelio; y el de relacionar su propia conciencia de vivir con la experiencia de Dios.

## II.

### 0.

Los cinco ejemplos que proponemos a continuación sólo tienen un valor: el testimonio.

Son cuatro notas adicionales al programa y una serie de puntos para la reflexión, fuera del área de religión.

Las notas adicionales se han trabajado al dictado. El maestro va leyendo —mucho mejor si puede personalizarlas, decirlas sin leerlas— y el alumno va copiando. Para que no sea simple mecánica, viene bien dictar la frase y tras un momento de silencio escritor repetir la idea con otras palabras, de modo que se fuerce a pensar lo escrito. Cada quien sabe el ritmo que le es posible.

En todo ello importa mucho percibir el procedimiento, el método, la actitud. No tanto la realización concreta.

1. Consideraciones sobre la Sacramentalidad del Tiempo.
2. La Inmaculada.
3. Sobre la Serenidad.
4. Sobre la Vocación del Religioso Educador.
5. Para la Reflexión, por la mañana.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA SACRAMENTALIDAD DEL TIEMPO (Una lección anacrónica)

### 0. De los gallos a los despertadores

La historia de la humanidad se divide en dos mitades: la de antes y la de después del invento de los despertadores. Estas mitades se diferencian en

que para la primera el ritmo del tiempo estaba marcado por el sol, mientras que para la segunda lo está por una máquina.

La diferencia entre las dos mitades podría dar incluso pie para dividir la cultura de la humanidad en dos tipos: los que creen que el mundo es más de lo que parece y los que creen que el mundo es sólo lo que parece. (¿Hay el mismo calor de vida en un gallo y un despertador?, ¿el mismo valor de referencia a un mundo cuyas claves están más allá del entendimiento humano?).

Posiblemente sea esto la causa de la fascinación que ejercen sobre nosotros, seres del siglo xx (léase con énfasis admirativa), las doctrinas o pensamientos mágicos, ocultistas, horoscoperos y diversos transfugos. Nos recuerdan que el primer reloj no fue suizo, sino con patas y cresta.

### **1. Sobre la naturaleza y sus referencias al mundo más allá de la naturaleza**

Desde los tiempos más antiguos de la humanidad los seres humanos han aprendido que su vida se ajustaba a los ritmos de la naturaleza; como en una pertenencia misteriosa ante la que no cabría la rebeldía sin la admiración.

Así, la primera unidad de medida tenía quen ser el tiempo transcurrido entre las salidas o puestas del sol: por eso, el primer reloj en el sentido moderno de esta palabra no era de pulsera, sino de pared y no interior, sino exterior, y no funcionaba de noche, sino de día.

La segunda unidad era la luna: la luna marcaba un tiempo de cuatro tiempos: el nacer de la luna, la plenitud de la luna y el desaparecer de la luna. Desde los tiempos más antiguos los hombres reverenciaron este ritmo, porque encontraban, por ejemplo, que en él coincidían o tal vez de él dependían el ciclo de las mareas y el de la fertilidad femenina. Tenemos, así, el concepto de semana y mes.

La siguiente unidad, lógicamente, es la estación: el nacer, la plenitud, los frutos y el morir de la naturaleza. Así, los antiguos podían contar sus vidas, por «hace tantas lunas», o bien «hace tantos inviernos».

De un modo u otro este calendario fue pidiendo a los hombres que marcaran determinados momentos con algún tipo de celebración o festividad especial: así, por ejemplo, el solsticio y las hogueras de San Juan, las fiestas de la cosecha y las Vírgenes de Agosto y la primavera y la Pascua Judía.

De un modo u otro, los antiguos entendían que con tales celebraciones se recordaban a sí mismos que vivían en el mundo, mundo cuyas claves de interpretación estaban más allá de sus propias cabezas. Por eso, daban a tales fiestas un carácter mágico o misterioso, en lo que todo lo normal quedaba en suspenso.

## 2. Del panteísmo naturalista al personalismo cristiano

En un principio, los cristianos no tenían calendario propio. Se limitaban a recordar periódicamente la muerte y la resurrección del Señor.

Por aquello de que en el principio todos eran judíos empezaron a celebrarlo el sábado, el día de fiesta de los judíos. Pero pronto creyeron que debían establecer un día propio: así nació el domingo, «dominicus» o «dominica», es decir, el día del Señor, del Dominicus.

Con el tiempo se planteó el problema de compaginar el calendario naturalista con el recuerdo de la vida del Señor. ¿Cómo podía hacerse?

La solución fue ésta: proyectar sobre el calendario «natural» la historia de la vida del Señor y de su Iglesia. Así, el calendario quedó dividido en dos mitades: en la de antes y la de después de la Pascua del Señor. (Curiosamente, hemos de recordar que la Pascua del Señor coincide con la Pascua Judía y ésta con la primavera.)

El antes comprende, lógicamente, tres tiempos. El de antes del nacimiento del Señor, el festivo y alegre de su nacimiento y el austero de su caminar entre los hombres, hasta ser muerto por ellos. Son los tiempos llamados de adviento (el otoño), la navidad (el invierno y el recogerse con la familia junto al fuego) y la cuaresma (el disolverse del invierno hacia la primavera).

El después comprende, lógicamente, dos tiempos. El misterioso, comprendido entre la resurrección del Señor y su «ascensión al cielo», y el de su presencia en la fe de los cristianos que perpetúan su nombre, son los tiempos de Pascua y de Pentecostés (Pentecostés: 50 días, el momento en que los primeros cristianos comenzaron a sentirse invadidos en la fe de que Jesús vivía indefectiblemente con ellos).

## 3. Rellenando huecos

Las fechas fundamentales del calendario quedan así cubiertas por los nombres de Navidad, Epifanía, Semana Santa, Pascua, Pentecostés, etc. El resto, siguiendo el mismo objetivo de hacer presente la vida de Jesús a lo largo de todo el año, se va llenando con el recuerdo de los grandes cristianos del pasado, es decir, de los grandes imitadores o continuadores de la vida de Jesús.

Aquí, por ejemplo, la costumbre de dar al recién nacido el nombre del Santo del día: es la señal que cada cristiano lleva dentro de sí de ser propiedad del Señor, nacido en un tiempo que ya no es tiempo, sino eternidad o lugar de la manifestación del Señor. Así, igualmente, podemos entender los distintos ritos especiales de la liturgia anual como distintos recuerdos de la realidad

sacramental: dentro de nuestro tiempo, dentro de nuestro calendario, vive Dios; por eso, ni nuestro tiempo ni nuestro calendario son nuestros, sino suyos. Aunque no lo parezca.

Evidentemente, en el mundo de los despertadores, cuando todos los días empiezan a la misma hora, nos cuesta mucho entender todo esto.

## LA INMACULADA

### 1. Sólo los fuertes saben callar

Vivimos en una época construida sobre un concepto «numérico de la vida». Es decir, vivimos en una sociedad construida sobre la rentabilidad y la organización. La nuestra es una sociedad en la que se ha endiosado la seudovirilidad. Son tiempos en los que «lo femenino», prácticamente, no cuenta de puro no rentable.

Entendemos por «femenino» lo relativo a la capacidad de espera silenciosa, escucha ofrecida, expectación y silencio, fecundidad más allá de las televisiones racionales, acogida y testimonio del misterio de la vida.

Entendemos por seudovirilidad la exaltación de la organización como ideal de vida, la eliminación del silencio y la contemplación como no rentables.

Pues bien: si en nuestro tiempo nos resulta especialmente difícil «llegar» a Dios no es porque seamos «peores» que las gentes de treinta años atrás, sino porque los tiempos nos lo han puesto más difícil. Es prácticamente imposible «llegar» a Dios desde una sensibilidad en la que las personas son objetos a conocer y no, en cambio, invitaciones a la relación. Es imposible llegar a Dios cuando el único pronombre personal que conocemos es el primero (todo lo demás es «ello», carece de realidad personal).

Puede encontrarse con Dios («ser encontrado» habría que decir) quien conoce los pronombres **tú** y **nosotros**.

Por esa misma razón nos es tan difícil, en nuestros tiempos, encontrarnos con el tema de la Virgen: no puede recibirlo quien anda por la vida «con ojos de número».

Complementariamente, hay que decir que recordar el tema de la Virgen nos hace ver cómo solamente los fuertes de verdad son capaces de silencio. Recordar el tema de la Virgen nos hace caer en la cuenta que no es más el que más habla, ni siquiera en nuestros tiempos.

Y, si no, ahí está, para ayudarnos a entender el tema, la figura de nuestra

madre: en ella sabemos distinguir palabra y presencia, entretenimiento y fuerza, discusión y acogida.

Decimos que lo «femenino» está o no presente en nuestros tiempos, según nuestros tiempos estén o no dispuestos a aceptar aquel principio: sólo los fuertes de verdad saben callar.

De ello depende que, en nuestros tiempos, puede seguirse diciendo que las puertas de Dios y de su madre están o no abiertas.

## **2. Las ideas no tienen madre, las personas sí**

El Dios cristiano se diferencia de todos los demás en que pretende establecer con nosotros una relación personal.

El Dios de la mística oriental, por ejemplo, no tiene nombre de persona, porque es un principio absoluto y abstracto, tan absolutamente superior a nosotros que ante él sólo cabe la reverencia y el respeto «a distancia».

El Dios cristiano es de tal naturaleza que nos hace afirmar: cristiano no es el que habla sobre Dios, sino el que habla con Dios.

Pues bien. Es el momento de recordar aquel lugar del Evangelio en que una mujer del pueblo, queriendo echar un piropo a Jesús, le dijo: «¡Viva la madre que te parió!» Esto nos hace caer en la cuenta de que nuestro Dios es una persona, porque es hijo de su madre. Podría decirse que es Dios porque es hijo de mujer. Esta manera de entender el tema de la Virgen nos hace caer en la cuenta de qué decimos cuando decimos madre de Dios y madre nuestra.

El tema, desde luego, es incomprensible. Solamente podemos asomarnos «un poco» a él, si caemos en la cuenta de esto: cuando Dios está de por medio, estamos más allá del tiempo y del espacio. Por eso, podemos decir que ella sigue siendo su madre: porque sigue haciendo posible que El nazca entre nosotros todos los días. Tanto que, en realidad, su fiesta, la de la madre, debería celebrarse en Navidad. Una Navidad que durara o que se repitiera tantas veces como nos encontramos con El («Somos encontrados», habría que decir).

## **3. Nuestro Dios el hijo de su madre: fuerte y callado**

En los tiempos modernos, como se ha indicado en los puntos anteriores, tendemos a convertir la razón en la única clave de interpretación de lo humano. Así, llegamos a confundir lo humano con lo claro, con lo razonable, lo organizado.

(Un ejemplo de esto, ya en el terreno de lo religioso, podríamos encontrarlo

en la obsesión de que las celebraciones litúrgicas sean absolutamente perfectas. Así, rechazamos cualquier celebración en la que nos parece que se ha introducido algo indebido, algo no claro, algo que «no nos dice nada».

Al funcionar así, confundimos, por ejemplo, la celebración eucarística con un teorema. Eso hace que, de jóvenes, no aceptemos nada defectuoso en la Iglesia, y de mayores nos hacemos más benevolentes, transigiremos más fácilmente con los inevitables e irracionales defectos de todo lo humano.)

El que va a la celebración buscando en ella la perfección racional del rito, nunca encontrará a Dios en ella.

Por eso, decimos que nos viene bien y a la vez nos es difícil recordar a la Virgen en los tiempos de hoy.

Dios, su hijo, es como ella: está más en el silencio que en las palabras, está más en el silencio gris de todos los días que en las palabras solemnes que también suenan todos los días. Como ella, en su casa, más presente que visible (recordemos aquí la presencia y lo visible de nuestras madres), así El: sigue siendo el alma de nuestro tiempo, pero no se nos deja ver fácilmente. Sobre todo no se nos deja ver si la buscamos con «ojos de número».

Estos son los objetivos de la madre:

Callada, cariñosamente complacida de nuestra prisa, obstinadamente presente a nuestro lado, a pesar incluso de nuestro desdén, amorosa además de juez.

Y estos son los de Dios:

Un Dios del silencio y de la paciencia, de la interioridad y de la calma, además de la urgencia y la exigencia de que nuestra caridad se nos note.

Pero, como su madre, no nos pide tanto que hagamos cosas cuanto que amemos y gocemos con lo que El da a diario. Así, entendemos una frase tal vez de otro modo imposible: es ella quien nos ayuda a entender los tiempos que nos toca vivir. Ella nos ayuda a entender el significado del silencio de Dios, silencio que es la otra cara de su confianza en nosotros, hijos suyos, al fin y al cabo.

**4. ¿Quiso y no pudo? No es Dios  
¿Pudo y no quiso? No es Hijo  
Digan, pues, que pudo y quiso**

(A propósito de la perplejidad de si la Virgen vivió sin pecado o no)

En las cosas de Dios nadie tiene garantía de que su esfuerzo le lleve a donde pretende, en las cosas de Dios necesitamos recordar que nadie tiene ningún derecho sobre El. Aunque nos cuesta aceptarlo, aunque nos es imposible en-

tenderlo, debemos afirmar que en las cosas de Dios todo depende de hasta qué punto le caemos bien. En las cosas de Dios no vale decir «yo soy más o menos bueno»; sino que Dios me hace objeto de su amor hasta tal punto.

En las cosas de Dios todo es gratis, todo está más allá del mundo de los derechos, nadie tiene derecho a su amor, que su amor es «gracias».

Pues bien, necesitamos recordar esto para interpretar la palabra purísima. La sabiduría castellana antigua lo entendía muy bien; por eso, desde siempre se ha dicha «Ave María... Inmaculada: ¡Purísima!...»

Si consideramos las cosas de Dios desde el punto de vista de su amor, «entendemos» qué significa purísima: Significa que es la más grande, porque Dios la amó locamente. La pureza de la Virgen no consiste en que esté vacía de pecado. Sino en que está llena del amor de Dios. El amor de Dios la llena, la va haciendo por dentro, en un proceso infinito, inacabable, de cada día más.

Por eso, su nacimiento sin mancha fue sólo el comienzo. No vale decir «nación sin pecado y ya está lo de Inmaculada»; su nacimiento fue sólo el comienzo de la manifestación del amor de Dios por ella, un amor que le fue haciendo por dentro y que así no es tan fácil de ver, pero que al final da el gran fruto de su hijo, hijo de María y del amor de Dios.

Por eso, en realidad, la fiesta de la Purísima no es el 8 de diciembre, sino el 24 por la noche, en Navidad. No se puede entender la pureza de la Virgen sin considerarla desde su ser madre.

Deberíamos decir que es purísima porque Dios la amaba desde antes que naciera (como a todos nosotros, desde luego, pero a ella un poco más), y por eso cuando ella nació, El la hizo ver al mundo como Purísima, es decir, como el más grande objeto de su amor.

Miradas así las cosas, «entendemos» en que consiste eso de Purísima o Inmaculada: en cosas tan simples o gordas como su estar silencioso, su no parecer lo que es, su fidelidad hasta el final. ¿Debemos decir Purísima o la más capaz de amar? ¿De qué son señales las tres anteriores?, ¿de limpieza de corazón o de su corazón grandísimo?

#### **Nota final**

Si recordamos ahora el principio aquel en que las cosas de Dios el tiempo no cuenta, deberemos decir: su corazón «es» grandísimo, no «era».

## SOBRE LA SERENIDAD

Cuatro consideraciones  
con dos apéndices lingüísticos  
y un final misterioso  
(léase en serio)

1. Tiene personalidad aquel que posee pautas de funcionamiento: cuando sabe lo que quiere decir, orientaciones serias de sí mismo, de lo que está pasando.
2. Tiene personalidad el que percibe que la vida es más grande que su propia cabeza, el que percibe que la vida es para vivirse, más que para comprenderse. «Tener capacidad de asombrarse.»
3. Tiene personalidad el que acepta gozosamente que él no es el criterio o el juez de la vida; el que asume serenamente que su propia limitación, basándose en el convencimiento de que todo está bien, aunque muchas veces no lo parezca.

Cuando me doy cuenta de que las cosas están bien o están mal, pero según un criterio que va más allá del criterio que yo tengo en ese mismo momento, entonces vivo en una paz o en una serenidad profundas. No hay ningún dolor ni ninguna alegría que me puedan quitar esa serenidad. Lo siento, desde luego. Mi dolor me duele y mi alegría me alegra, pero yo sé que mi serenidad está más allá de mi alegría o de mi dolor concretos. Es compatible con ellos.

Todo está bien, aunque no lo parezca, aunque no pueda entenderlo.

En cristiano damos el nombre de Dios a la fuerza de esa serenidad. FE.

4. Tiene personalidad el que proyecta esa serenidad en su vida de relación. Tiene personalidad el que está siempre dispuesto a esperar lo inesperado y que se alegra, además, cuando lo inesperado llega. Tiene, por tanto, personalidad quien renuncia a ser juez del otro o de los otros; el que acepta que todos juntos somos el lugar donde aprendemos que la vida es más grande que nosotros.

En cristiano damos el nombre de caridad a este modo de vivir la relación.

En cristiano entendemos que las caras del pecado son: creer que uno es la medida de sí mismo y creer que uno es la medida de los demás. Es decir, andar por la vida exigiendo en lugar de esperando.

### Apéndice 1

- «*Entusiasmo*»: Etimológicamente significa ser invadido por la divinidad (Theos) en-Dios-amiento.

En su acepción más sencilla o popular, usamos la palabra entusiasmo para expresar nuestra sensación de euforia, es decir, de nuestra sensación de estar «fuera de nosotros mismos», de vivir transportados por la felicidad a un mundo distinto.

Los griegos, sabiamente, construyeron esta palabra para expresar esta realidad. Ellos entendieron que cuando estamos eufóricos, cuando vibramos con la fuerza de una sensación que nos llega más allá de nosotros mismos, entonces estamos siendo invadidos por la divinidad. Puede decirse que los momentos en que tenemos la tremenda fortuna de asomarnos a la serenidad (véase más arriba el número 4) son los momentos del entusiasmo, es decir, del endiosamiento».

Podemos, por tanto, decir que los momentos de la serenidad son los momentos de nuestra mayor cercanía de Dios: en esos momentos experimentamos, más allá de todo lo que podemos comprender, la realidad de Dios, la raíz de la vida.

## Apéndice 2

- «*Sacramento*»: Aquello que nos lleva más allá de sí mismo, es decir, más adentro.

Llamamos sacramento a una realidad o situación en que llegamos a la raíz de la vida. Sacramento, por tanto, es la situación del entusiasmo, la situación en la que llegamos a percibir la razón de la serenidad. El sacramento debe consistir en una situación o en una persona que se convierten para nosotros en la puerta del más allá, en conciencia de que todo es más grande que nosotros mismos, en invitación a participar con otras personas en esa misma experiencia.

Lógicamente, hablando en cristiano, tendremos que decir que Jesús es el primer sacramento. Jesús «consiste» en la manifestación de la raíz de la vida, «lugar» en el que nosotros podemos asomarnos al fundamento último de la serenidad.

¿De dónde podemos deducir este concepto de sacramento? Deducimos todas las afirmaciones anteriores del tema de la Encarnación.

Bastaría recordar la «teoría de los Nenúfares»: Jesús es la visibilización de la realidad de Dios en nuestras vidas. Dios es la vida de nuestras vidas, como Jesús nos hace ver al invitarnos a darle el tratamiento de «Padre Nuestro».

Jesús no es, simplemente, quien enseña sobre la realidad de Dios en nuestra vida, sino que es esa misma realidad: Jesús es tan yo como yo mismo y tan Dios como Dios mismo.

En ese sentido, hablamos de Jesús como sacramento: nosotros mismos somos «sacramento de Dios, lugar en el que Dios vive, más grande, por lo tanto, de nosotros mismos, hijos de Dios, como decía Jesús. Jesús es sacramento, porque es a la vez Dios y cada uno de nosotros y a la vez es El mismo, Jesús de Nazaret, e hijo del Padre.

Por eso decimos que sacramento es aquello que nos manda a otra cosa, pero sin salir de sí mismo. Lo que nos lleva hacia adentro.

Los demás son el sacramento de Dios.

Yo no puedo encontrar a Dios más que en el que está conmigo, Dios no está en otro lugar. En el que está conmigo soy capaz de asomarme a la realidad de que la vida es más grande que nosotros dos. Cuando quiero a alguien me doy cuenta de que juntos somos más que la suma de dos. Nadie puede, por tanto, asomarse a la raíz de su propia vida si no es en compañía. En cristiano nos atrevemos a decir esta afirmación porque creemos que El, Jesús, es la vida de nuestra vida. El es, en realidad, el sacramento definitivo: El es la razón de nuestra vanidad y quien hace que nuestra vanidad no remita más allá de nosotros mismos. En realidad, por tanto, en cristiano, podemos decir que estas dos frases significan lo mismo:

Los demás son el sacramento de Dios.

Jesús es el gran sacramento.

## **Final**

### • *Monólogos y diálogos*

En cristiano, como en «humano», lo único que existe es el «monólogo» de cada uno consigo mismo: es la historia de las experiencias individuales del propio andar, angustiarse e ilusionarse, quedarse perplejo, comunicarse y ser aislado, clasificar y ser clasificado, celebrar festivamente, rehacer caminos errados...

Esta es la historia de nuestros monólogos. Pues bien. Cuando decimos que el cristiano se atreve a creer que su monólogo consigo mismo es diálogo con Dios, en realidad, no está diciendo que dentro de él hay una palabra que no es suya. Lo que hay en nosotros es a 100 por 100 nuestro. El cristiano, además, reacciona de este modo:

«Dentro de mí yo hay alguien que es tan yo como yo mismo sin alienarme de mí mismo.»

El cristiano así comprende que su monólogo sigue siendo un monólogo,

aunque en su raíz viva ese otro alguien a quien también le pertenece el 100 por 100. No se le oye: creemos que lo oímos. 100 por 100 + 100 por 100 = 100 por 100. Matemáticas especiales.

Complementariamente, debemos añadir esta otra consideración: *el cristiano puede hacer semejante acto de fe porque Dios le da la gracia de creer en su amor.*

En realidad, no se debe hablar de acto de fe, sino de respuestas —atrevida respuesta— al amor de Dios, alma de nuestro monólogo con nosotros mismos. Por eso decimos que para interpretar mi propia vida como el diálogo con El no me basta el razonamiento o la comprensión clara de este tema: necesito atreverme a creer que mi vida es la manifestación del amor de Dios, porque sólo el amor puede cambiar los ojos con que miro hacia dentro de mí.

Si la palabra básica de Jesús es que Dios está en nosotros o que nosotros estamos en las manos de Dios, en realidad estamos diciendo que el amor es el alma del mundo.

Sólo puede descubrirse en la Serenidad.

## SOBRE LA VOCACION DE RELIGIOSO EDUCADOR

### *Introducción*

#### 1. TU ME ENSEÑASTE A VOLAR

Tú me enseñaste a volar  
con alas de pajarillo  
cuando no era más que un niño  
sin miedo a la libertad.  
No envejecerás jamás,  
amigo, hermano, maestro,  
siempre como un padre nuestro  
en boca de algún chaval.

*Te han robado el corazón  
los muchachos en la escuela;  
ellos pasan; tú te quedas:  
algo de ti llevarán.  
Te han robado el corazón  
los muchachos en la escuela;*

*ellos pasan, tú te quedas:  
tú me enseñaste a volar.*

Tú decidiste volar  
dejando crecer a todos,  
cada cual tuvo a su modo  
su sueño de libertad.  
Nunca he podido olvidar  
aquella lección pequeña:  
«Cada cual es lo que sueña,  
sueña un poco cada cual».

Vas diciendo que alzarás  
el vuelo como un chiquillo,  
hermano, maestro, amigo,  
quédate un poquito más.  
Siempre tendrás un lugar  
en mi corazón de niño,  
compañero de camino:  
tú me enseñaste a volar.

*En la base de todo, dos cosas:*

2. Las dos caras de Dios  
(o las dos caras de su Iglesia).

2.1. En cristiano creemos que Dios está aquí, que se ha encarnado, que se ha hecho un ser humano como todos nosotros.

Por eso la primera «cara» de Dios es un rostro humano.

2.2. En cristiano creemos que Dios «no cabe» en su Encarnación: creemos, más allá de todas las evidencias, que Dios es definitivamente el más allá de nuestras vidas (creemos, se ha dicho siempre, en «la vida eterna»).

Esa sería la segunda «cara de Dios»: un rostro invisible en sí mismo, inimaginable, del que sólo podemos decir que ha de ser distinto de todo lo conocido.

2.3. Las dos caras de Dios ayudan a entender que también la Iglesia debe tenerlas: si quiere que los hombres comprendan de qué Dios les habla, deberá hablarse con su propia vida de un Dios que está con nosotros y de un Dios que es más grande que lo nuestro.

En la Iglesia debe haber quienes testimonien con su vida las «dos caras» de Dios: debe haber el cristiano «normal» que con su vida diga al mundo que Dios vive en él; y debe haber el cristiano «anormal», criatura extraña que se

atreve a creer que lo es y que testimonie con su vida «anormal» que Dios es más grande que todo lo que puede entenderse. Esto quieren ser los religiosos.

### 3. Ser maestro, hoy.

#### 3.1. La función del maestro en los tiempos de hoy respecto de la sociedad en la que vive es doble:

por un lado dedica su vida al servicio de la ciencia (su asignatura o su especialidad) en la que refleja un trozo del modo de ser de su sociedad: así el maestro debe dedicarse a reflejar o a retratar los tiempos en que vive, con sus logros y sus limitaciones; por otro lado, quiere comprometer toda su vida en hacer que su tiempo sea más de lo que es, y de ese modo quiere comprometer su ciencia en un trabajo hasta cierto punto subversivo: quiere hacer que su ciencia sirva también para retratar el defecto de su sociedad e incluso para proponerle algún camino nuevo.

#### 3.2. La función del maestro en los tiempos de hoy respecto de la ciencia es doble:

por un lado debe dedicar su vida a la entrega de unos contenidos convencionales, aceptados, rentables,

y por otra lado, quiere enseñar también lo que él mismo no sabe: eso que él adivina, intuye, de defecto en su propia ciencia, eso que hasta cierto punto le lleva algunas veces a dudar de si posee la verdad.

#### 3.3. La función del maestro respecto de sus alumnos en los tiempos de hoy es doble:

por un lado les quiere y quiere ser querido porque sabe que solamente aprende y solamente enseña el que goza al hacerlo,

y por otro lado, quiere olvidar y ser olvidado, porque sabe que la mayor traición que nos podemos hacer es forzar a los demás a ser copia de nosotros mismos.

3.4. Podemos así decir, en resumen, que la profesión de maestro encierra tal vez mejor que muchas otras la expresión de lo humano en general y de nuestros tiempos en particular: todo lo nuestro está hecho de tener y renunciar, de saber y preguntar, de encontrarse y perderse, de poder y no poder...

### *Vida religiosa docente:*

#### 4. El hermoso e intrigante mundo de la llamada.

##### 4.1. El asunto de la llamada comienza y consiste básicamente en un problema

de sensibilidad: hay un sector de la vida que te atrae especialmente y que te hace imaginar que en él, sencillamente, serás feliz.

4.2. Sobre esa sensibilidad se añade otra palabra: la ilusión.

La ilusión se refiere al deseo que uno tiene de que su entrega a ese lugar de su sensibilidad no sea un fracaso. Esto de la llamada —vocación— es ciertamente asunto de ilusionarse: nunca se puede estar del todo seguro de haber acertado, ni de estar haciéndolo «como Dios manda».

4.3. Hablando en cristiano, quien se cree llamado cree también que su entrega a su profesión es el lugar donde vive un extraño y misterioso diálogo con Aquel que le llama. Cree que su Dios no tiene otra palabra para él que las que él mismo descubre diariamente en su trabajo.

El maestro, en concreto, cree que su Dios, el Dios que le llama, habla con él estas palabras:

preparación, silencio, satisfacción, esfuerzo, agradecimiento y olvido, comunicación y soledad, fecundidad y esterilidad, saber y misterio, cálculo y gratuidad.

4.4. El tema de la vocación no queda completo sin una cuarta palabra: la Cruz.

En cristiano la vocación no es solamente el lugar donde uno pretende garantizarse la felicidad; es también el lugar donde tiene garantizada —grande o pequeña— su cruz, cruz de no entender el fondo de lo que está viviendo, de tener que aceptar realidades a veces inaceptables, de fiarse de alguien a quien raramente se ve de un modo totalmente satisfactorio.

El colmo de este tema está en la realidad paradójica o misteriosa de que la felicidad, para ser completa, necesita acompañarse de la cruz.

4.5. Finalmente, el tema de la vocación no quedaría completo si no recordáramos que en la vida no hay nada más hermoso que fiarse.

5. ¿Por qué, entonces, los votos?

5.0. Los religiosos hacen votos de pobreza, castidad y obediencia.

Prometen a Dios vivir pobres, obedientes y castos; otra cosa es qué van haciendo cada día con su promesa.

5.1. Cometan un gravísimo error quienes piensan que pueda renunciarse a algo tan hermoso como la propia voluntad (por la obediencia) o a la complementación sexual (por la castidad)... simplemente para poder estar más libres y dedicar más horas a un presunto «apostolado». No hay horas de «apostolado» que justifiquen renunciar a un hombre o a una mujer. La vida nos muestra, por otro lado, la realidad de mucha gente perfectamente disponible a los demás y que no necesita hacer ningún voto para tener su corazón y su tiempo totalmente disponibles.

5.2. Lo único que puede justificar renunciar a algo grande como lo renunciado en los votos religiosos es la fe en que Dios le pueda pedir a uno que en medio de este mundo testimonie con su propia vida que hay algo distinto de este mundo.

Nos referíamos a ello hablando sobre las Dos caras de Dios (ap. 2): el religioso se atreve a creer que Dios le llama para ser testigo de que hay un mundo más allá de éste; y, como de ese otro mundo nadie puede decir cómo es, se atreve a creer que, viviendo de un modo distinto, las gentes entiendan que hay otro mundo distinto.

La gravedad del gesto es tan grande que el Evangelio recuerda con energía cómo nadie puede atravesarse a él si no es por la gracia de la llamada de Dios. Cualquier otra razón es un crimen para con uno mismo y para con quien ha de verle. (Aquí, posibles frustraciones, «no hay más remedios», etc...)

5.3. Todo lo anterior se queda en nada si no se hace visible en una profesión, en un trabajo, que los hombres puedan ver como algo ejemplar.

Se comprende fácilmente que la gente razone de este modo: ¿cómo te voy a creer en tu testimonio del más allá si como maestro eres una miseria? Nadie puede ser signo de algo incomprensible si no demuestra ser capaz de hacer dignamente lo comprensible. Una religiosa educadora, por tanto, será «signo del más allá de Dios» si los hombres saben que ha hecho voto de tal y tal cosa, pero sobre todo si, además de eso, los hombres ven que hace la escuela como nadie. Cualquiera entiende que no merecen la pena ni la castidad, ni la pobreza, ni la obediencia, si no ayudan a construir una excelente maestra cristiana.

¿Cómo creer en el más allá de Dios si el presunto testigo de ese más allá no cree en el aquí de Dios, con una profesión ejemplar?

## 6. La vida de comunidad.

6.0. Nadie es signo de nada personal, aisladamente; somos signo, al menos de las cosas importantes, cuando somos grupo, comunidad. Nuestra gente sabe perfectamente que una idea equivocada puede mover fácilmente a una sola persona; pero será mucho más difícil que mueva a toda una comunidad durante largo tiempo; por eso el testimonio lo da la comunidad, no los individuos.

6.1. La realidad de los grupos humanos: los grupos humanos son siempre, a la vez, estímulo y refugio.

Estímulo: todos sabemos que los demás son ocasión de que cada uno crezcamos. Los demás nos devuelven, engrandecida o renovada, la «palabra» que nos han oído decir. Así, siempre recibimos de los demás más de lo que les

hemos dado. En este sentido los demás nos estimulan en nuestro desarrollo y sin ellos no seríamos lo que somos.

Refugio: También sabemos que en ocasiones los demás son el lugar donde tratamos de escondernos de nosotros mismos. En ocasiones, al faltarnos la confianza en nosotros mismos, nos limitamos a copiar, a vivir de rentas, a esterilizar a los demás y a nosotros mismos. También en este sentido debemos decir que ninguno seríamos lo que somos, sin los demás.

Las comunidades religiosas, como todos los grupos humanos, tienen de ambas cosas. A medida que sus miembros vivan contentos en su trabajo profesional, las comunidades son estímulo. Lo contrario, en caso de cansancio. Y también la vida de comunidad puede ser ocasión para que el religioso redescubra la alegría de su trabajo. Para un religioso educador, por tanto, son inseparables su vida de comunidad y su vida de escuela.

6.2. Hace falta «mirada adulta» para leer la vida de comunidad.

Sólo quien las mira «adultamente», es decir, entendiendo qué son los grupos humanos, puede entenderse estas cosas, por ejemplo: que las comunidades religiosas «son más» de lo que parecen a primera vista que ciertamente «son más» que sus defectos.

Como en todas las cosas de la vida, antes se ve el defecto que la cualidad de las comunidades religiosas. (Ciertamente debemos decir que las hay de verdad infieles a lo que predicán.)

7. De ilusiones, frustraciones y otras hierbas.

7.1. Ciertamente todos los religiosos jóvenes empiezan su vida profesional dispuestos a comerse el mundo, creyendo ingenuamente que todo está mucho mejor de como está. Al cabo de bien poco tiempo van dándose cuenta de que no es oro todo lo que reluce, y de que en demasiadas ocasiones —por pocas que sean, siempre son demasiadas— la vida religiosa es más refugio que estímulo.

Puede que las cosas no sean así, pero el religioso joven así lo cree. Tal vez porque no ha crecido lo bastante todavía para mirar con ojos de benignidad las debilidades de sus mayores. (Esta realidad, desde luego, no es exclusiva de los religiosos: es propia de quien mira la vida con ojos matemáticos más que con ojos de cariño.) Allá lo que pase cuando no se consiga ampliar la mirada.

7.2. La amargura de creer no ser vista:

un factor sumamente importante a la hora de entender a una religiosa educadora es su posible conciencia de estar demasiado escondida o de que los demás no ven sus intenciones.

En ocasiones es así, desde luego. Pero la mayoría de las veces el problema proviene de una falta de madurez para entender que, en estos temas, los seres humanos decimos la décima parte de lo que sentimos. Esta crisis es también explicable por el hecho de que a todos nos gusta que nos digan a todas horas que somos lo mejor del mundo; y nos cuesta complementariamente decírselo a los demás.

Es fácil percibir cómo vivirá la escuela una religiosa que se encuentre en tal situación. No es tan fácil determinar el remedio.

### 7.3. La hondura de la paciencia:

Otro dato a retener en este asunto es el encerrado en aquella máxima «sólo los fuertes saben callar». Se puede completar con esta otra: «hace falta ser muy mayor para entender la fuerza de los pacientes».

La sociedad, desde luego, entiende que el mayor testimonio de los religiosos está en su «paciencia». En su mantenerse, a pesar de todo, creyendo que incluso sus defectos tienen sentido.

### 7.4. El testimonio del cansancio:

Nuestro mundo también entiende que uno de los mayores testimonios de la fe en Dios consiste en la serenidad con que se vive el dolor del fracaso, de la incomprensión, de la perplejidad.

## **Hacer la escuela cristiana hoy**

### 8. Cosas de la historia reciente.

Podemos entender que los últimos tiempos —entre nosotros, los últimos 50 ó 70 años— han sido tiempos en que nuestra sociedad se ha visto invadida por el fantasma de la organización. Todo se ha de organizar: el trabajo, la educación, el ocio... Como resultado surgen los Ministerios de trabajo, de educación, de cultura...

¿Cuál es el alcance de esta realidad en el mundo de la escuela?

El mundo de la escuela acusa esta invasión de dos maneras:

por un lado, los saberes, las asignaturas, se han hecho mucho más complejas y organizadas que hace 50 ó 70 años; nuestros exámenes son mucho más fuertes, con más contenidos, que los de nuestros padres. Son más «científicos». por otro lado, el educando se ha convertido en alumno, el maestro en enseñante, las escuelas en pomposos «colegios».

El común denominador de estas conversiones es éste: a mayor complejidad

científica, menor importancia humana. Basta recordar que hoy en la escuela quien tiene la autoridad no es el maestro sino el examen.

Es lógico que una educación así planteada suscite más interrogantes que entusiasmos, más perplejidades que vocaciones, más angustia que testimonio.

8.2. Sencillamente: el mundo de las religiosas de enseñanza vive perplejo ante una circunstancia muy distinta de aquella en la que nacieron.

Se diría que hoy queda mucho menos margen para la iniciativa, que hoy todo invita a encerrarse en el horario de la asignatura, y en el horario —distinto, naturalmente— de la vida de comunidad. El resultado lógico es una importante falta de vocaciones: no se debe a que la gente joven de hoy esté peor dispuesta que la de ayer; se debe a que la escuela de hoy nos deja mucho más perplejos que la de ayer.

Así, la vida religiosa docente pasa por momentos de angustia. Y se nota.

8.3. Es por tanto perfectamente explicable que aquellas congregaciones religiosas nacidas recientemente (sin una tradición de 200 años, por ejemplo) tiendan a refugiarse en su perplejidad sin encontrar en sí misma demasiados recursos para salir del impasse.

## 9. Hacer la escuela cristiana en nuestra sociedad.

9.1. Teniendo en cuenta el panorama anterior es lógico esperar de nuestra escuela la oferta de una alternativa importante.

Nuestra escuela deberá hoy ayudarnos a relacionar el mundo de la utilidad y el mundo de la conciencia:

debe ayudarnos a interpretar hasta qué punto el desarrollo de nuestras destrezas contribuye a nuestro crecimiento interior.

Nuestra escuela deberá igualmente ayudarnos a poner en relación el mundo de la utilidad y el mundo de la comunidad:

debe hacernos caer en la cuenta de que sólo lo comunitario es científicamente importante, de que la verdad es plural, de que la «verdad», es mentira si no ayuda a redimir la convivencia humana, de que cualquier oficio es una farsa científica si su destino no son los demás.

Nuestra escuela debe finalmente ayudarnos a poner en relación el mundo de la profesión y el mundo de la persona:

no puede consentir que en el fondo de nosotros mismos distingamos nuestro yo —lo único importante— y nuestro oficio —lo que se hace porque no hay más remedio.

9.2. Se entiende lógicamente que una escuela podrá hoy seguir llamándose cristiana si ayuda a que sus alumnos vivan algo de ello.

Para ser cristiana, nuestra escuela debe enseñar a sus alumnos la relación entre el saber y el saberse, entre la ciencia y la admiración, entre el saber y el «ser sabidos». Para ser cristiana, además, necesita darse cuenta de que quien aprende a admirarse ante el misterioso de la persona, de la sociedad, o de la ciencia, está abriendo sus puertas a Dios. Que la admiración es la primera virtud cristiana. Jesús en el Evangelio la llama pobreza.

El religioso educador, por tanto, malamente puede ser testimonio del más allá de Dios, si con toda su vida no ayuda a que su escuela sea una escuela «de admiración»:

su alumno nunca podrá percibir el testimonio significado por la «anormalidad» de sus votos, si no ha aprendido a mirar las cosas con la ingenuidad asombrada de los verdaderos sabios.

Complementariamente: no merece la pena hacer voto de castidad, pobreza y obediencia, si no es para hacer una escuela así.

9.3. Desde un punto de vista realista, debemos concluir así:

tal vez lo único que puede hacer hoy una escuela es reconocer humildemente su deficiencia. Tal vez haciéndolo así, hace justamente lo que le corresponde como escuela cristiana; y el maestro, lo que le corresponde como religioso educador.

### **El religioso educador, de carne y hueso**

10. Qué lleva dentro un Religioso Educador.

10.1. Renuncia-paz:

El religioso educador cree que es posible vivir en paz aunque en su corazón muerda todos los días el dolor del recuerdo de aquello a lo que debe renunciar todos los días. Cree que son compatibles la «anormalidad» de su vida y la felicidad. Se esfuerza por tanto en dar testimonio por encima de todo de una profunda alegría de vivir.

Así debería ser, por lo menos.

10.2. Gozo-fidelidad:

El religioso educador cree que su felicidad no proviene de la felicidad de su alumno, aunque sabe que nunca podrá ser feliz del todo si su alumno no lo es. Cree que su propio gozo es menos importante que su fidelidad a Aquel que le llama. Cree que está en la vida no para gozar sino para ser fiel; con una fidelidad que se muestra en su única felicidad posible.

Así debería ser, por lo menos.

### 10.3. Paciencia-creatividad:

El religioso educador cree que su escuela puede ser siempre mejor. Esa posible mejora se basa en su fe en que Dios es la vida de su vida y su fe por lo tanto en que no le puede fallar a la hora de hacer la mejor escuela.

Por eso la alegría del religioso educador debe traducirse en una gran riqueza de imaginación. Como a todos los humanos, la vida le enseña, sin embargo, que sólo con imaginación no se hace gran cosa. Para que la imaginación sea testimonio de alegría hace falta que sea a la vez paciente o constante: una especie de imaginación «a largo plazo». No puede quedarse por tanto en persona de manos rápidas; debe ser más bien persona de mirada larga.

El religioso educador entiende, así, que su rimer trabajo en la vida consiste en estar atento a la vida de todos los días. Entiende que no es más el que hace más cosas nuevas sino el que las hace más hondamente.

Por eso debe vivir renunciando todos los días a la satisfacción que cada jornada le ofrece: debe gozarla, pero como quien está de paso, atento sobre todo a las exigencias de un más allá inimaginable.

Así debería ser, por lo menos.

### TEMAS PARA REFLEXIONES DE CINCO MINUTOS (ALGO ELASTICOS) CON LAS ALUMNAS DE BUP AL EMPEZAR LA MAÑANA

Notas:

- necesitamos evitar, por encima de todo, el tono de «consigna», es decir, de adoctrinamiento; y debemos proponer la reflexión como algo que vamos pensando en voz alta, invitando a su reflexión más que a su aceptación inmediata
- el procedimiento de concentrarlo en una frase no es excluyente de otros; tiene la ventaja de la fácil memorización y de la formulación algo chocante; pero puede sustituirse por la narración (no «doctrinaria») de algún tipo de experiencia propia (ej.: «he visto, al venir al colegio, una persona que iba por la calle y sonreía con aspecto de serenidad; he quedado pensando para mí...»)
- probablemente es bueno no hacerlo todos los días por el cansancio y la posible repetición, pero sí hacerlo sistemáticamente un día determinado de la semana, por ejemplo

- si bien las reflexiones que se proponen a continuación tienen todas un tono más antropológico o psicológico que religioso, es evidente que también caben otras con este último tono (si no se indican ahora mismo es porque con ellas resulta más fácil caer en la trampa de la imposición, no porque resulten inconvenientes en sí mismas, desde luego)
- no hace falta decir la conveniencia de invitarles a ellas mismas a que lo hagan, también con una cierta periodicidad, y respetando el tono de toma de conciencia
- el tono de los comentarios indicados es abstracto, intemporal, por el cual puede venir muy bien (aunque no sea tan imprescindible) completarlos con referencias a la realidad diaria del periódico o la televisión, por ejemplo
- a nivel de metodología concreta viene bien intercalar repitiéndolo el eslogan de partida, como un estribillo

- *Los demás son nuestro mejor espejo*

de ellos recibimos como un eco lo que ellos perciben en nosotros eso nos ayuda a componer nuestro conocimiento de nosotros mismos normalmente confundimos lo que somos con lo que deseamos ser;

en cambio los demás nos ven más como somos.

por eso fácilmente tendemos a decir «no me conoces»

además, está el que los demás nos dan la ocasión de realizar nuestras capacidades de modo que se puede decir que somos lo que es la huella que vamos dejando en ellos

los antiguos lo decían en el viejo refrán: «dime con quién andas y te diré quién eres»

así, es fácil retratar a alguien no conocido a su gente próxima.

- *En las cosas importantes el problema es atreverse.*

valen, como ejemplo:

el enamorarse, la opción por una profesión, la elección política, la religión... no somos animales sólo de razones sino de osadías,

porque en nosotros cuenta lo que conocemos

y lo que esperamos encontrar

por eso el atrevimiento es función de la esperanza

curiosamente esto nos da a entender que las cosas importantes de la vida las conocemos en la medida en que queremos conocerlas

y, desde luego, para el atrevimiento nunca hay razón suficiente.

- *Hay palabras del hablar y palabras del callar*

las palabras del hablar son las que nos decimos sonoramente;  
las del callar, la intención que ponemos en las otras;  
éstas segundas son impronunciables,  
porque no caben en nuestro vocabulario  
pero todos las percibimos:  
de nosotros mismos y de los demás  
normalmente éstas segundas son los que nos queda de cualquier encuentro,  
lo que nos permite seguir encontrándonos con la gente, lo que nos hace  
entenderla  
cuando se vive en la superficie de sí mismo es difícil percibir esto.

- *Sólo es feliz quien renuncia a poseer el objeto de su felicidad.*

el instinto nos lleva a apropiarnos de aquel a quien queremos  
(«está para comérselo»)  
cuando caemos en esta trampa nos sentimos defraudados,  
porque hemos anulado al otro,  
y ya no posee aquello que nosotros no poseíamos,  
y que era precisamente lo que nos lo hacía amable  
sería interpretar nuestra vida en común como un abrazo imposible,  
en el que, sin embargo, está nuestro gran gozo:  
en quererle como es, no como me gustaría que fuese.

- *Lo de menos es enseñar; lo de más, confiar.*

lo que uno sabe puede el otro saberlo fácilmente y por sí mismo  
por eso no se trata de ir repartiendo conocimientos  
sino despertando la alegría de que el otro merece nuestra confianza  
curiosamente esto significa que ya no vamos a enseñarle, sino a aprender de él  
entonces despertamos su felicidad y a la vez la nuestra  
esto supone ser capaz de compartir silencios y «distracciones», y no sólo palabras.

- *El niño, como los árboles, sólo busca aquello que le supera (Hölderlin)*

los miopes proponen a los demás metas fácilmente alcanzables,  
quieren así «rebajarse» a su nivel;  
por eso los despreciamos:  
porque no nos invitan a superarlos  
y al rebajarse nos insultan  
queremos que nuestro amigo sea siempre un poco más que nosotros mismos  
por eso debemos aceptar que nunca puede estar del todo claro lo que es  
verdaderamente válido en la oferta ajena.  
claro que siempre está el riesgo de la imposición indebida,  
que no estimula sino frustra.

- *Paciencia significa fuerza, no desilusión.*

se trata de recuperar la palabra paciencia  
menospreciada hoy por una razón:

sólo es rentable económicamente el movimiento, la agitación, el cambio  
y entonces se dice que somos tanto más fuertes cuanto más activos  
cuando en realidad somos tanto más manipulados cuanto más activos (a veces)  
el paciente hace, pero sin prisa por cambiar  
sabe que todo es provisional en la vida,  
salvo nuestro deseo de vivir definitivamente  
su fuerza no está en sus desengaños pasados  
sino en su ilusión mantenida  
(porque tener paciencia no significa desesperar)

- *Obedecemos a quien nos enseña a esperar.*

en la vida nunca estamos del todo satisfechos:

siempre sentimos que nos falta algo, que podemos más  
el tramposo quiere hacer creer a los demás que a él no le falta nada, que ya  
lo sabe todo:  
y entonces se pone a mandarnos

- suele darle resultado por un tiempo  
(pero no le obedecemos: le aguantamos)

obedecemos al que nos muestra lo que tiene (que tal vez nos conviene a nosotros)  
y lo que busca (es decir, su propia pobreza)  
éste aumenta nuestra confianza en él y en nosotros mismos  
en este caso ya no obedecemos: seguimos

- *Sólo aprende el que goza; sólo enseña el que goza.*

se aprende y se enseña sólo lo que uno mismo experimenta,  
es decir, lo que uno mismo va creando  
(crear no significa hacer algo distinto,  
sino algo propio, personal)  
experimentar-crear nos da gozo como nada en la vida  
por lo tanto...  
el que no goza aprendiendo olvidará todo al día siguiente del examen  
será incapaz de hacerse su camino mañana

- *Siempre hay en el otro algo que no podíamos imaginar.*

es un eco de aquello que decía una alumna a su maestro:

«no nos clasifiques».  
no sólo nos gusta sino que además es verdad, el hecho de que dentro de nosotros  
hay cosas que ni nosotros mismos conocemos:  
vamos encontrándonos habitados por la vida, que nos hace cada día capaces de  
cosas que no habíamos imaginado

aunque el otro vaya a vivir algo que nosotros ya hemos vivido, aunque diga las mismas palabras que nosotros ya sabíamos, las dice de un modo distinto, porque su felicidad o su gozo son absolutamente suyos

- *Una cosa es la soledad y otra el aislamiento.*

la soledad es compañera de la comunicación, porque la comunicación nunca es completa o está siempre en camino: los maduros lo saben, porque saben que «él y yo somos tres»: él, yo, y lo que hay en medio, es decir, nuestras dos personas y nuestra comunicación en el aislamiento él y yo sólo somos dos, es decir, nada el uno para el otro en nuestra sociedad tiende a confundirse las dos cosas, haciéndonos creer que la soledad es mala, cuando en cambio es la condición de nuestra fecundidad.

- *Los demás no son nunca la fuente completa de nuestra satisfacción.*

somos felices cuando lo son los que viven con vosotros, pero no porque ellos lo sean: la fuente de la felicidad es algo más grande que cada uno y que todos juntos: es la vida toda la que despierta nuestra confianza y la que nos hace felices aunque el otro nos haya defraudado; por eso el tremendo misterio de que son compatibles el dolor y la felicidad en la Biblia y en el Corán se dice, por ejemplo, que confiar en el amigo es como confiar en una caña como bastón...

- *Yo no soy ni el centro ni el criterio del mundo*

aunque nuestra sociedad tienda a hacernos creer que el hombre es la medida de todo, el organizador de la sociedad, del trabajo, de la ciencia... la realidad es que tarde o temprano descubrimos que hay cosas que no podemos comprender y sí, sólo, aceptar: ¿quién es dueño del amor, del nacer, del morir, del hastío, del tiempo, de la historia...? por eso los verdaderos sabios son gente humilde, es decir, siempre dispuesta a escuchar; lo solemos notar porque confían en nosotros y no nos dicen lo que demos hacer sino lo que ellos van haciendo cuando se está empezando a crecer no es fácil entender esto.

- *La paciencia tiene sentido porque todo está bien.*

la vida nos enseña que, pasado un tiempo, somos mucho menos dogmáticos sobre lo que nos había ido pareciendo bien o mal:

resulta, por ejemplo, que lo que parecía bien nos ha invitado a la comodidad y nos ha ido matando;

y que lo que parecía mal nos ha hecho crecer, de modo que llegamos a veces a recordarlo agradecidos

por eso debemos decir que todo está bien

y aplazar siempre nuestro juicio definitivo sobre las cosas y las personas

claro que es muy difícil mantener bien la frontera entre la resignación y la serenidad gozosa.

- *Nuestros deseos son siempre más largos que nuestras manos.*

ilusiona vivir deseando

de modo que cada posesión empuje a un nuevo deseo

más que a un descanso propiamente dicho

esto nos lleva a percibir cómo siempre nos quedamos «a medio camino»

y a percibir que ese quedarnos es hermoso

está, por otro lado, la trampa de quien hace creer al otro

que sus deseos pueden satisfacerse definitivamente:

para ello le hace vivir en un mundo de preocupaciones inmediatas

que comienzan distrayendo y acaban desesperando

por eso, la madurez de ir asumiendo la propia insatisfacción satisfecha

- *La alegría es el objetivo de la toma de conciencia.*

darse cuenta de cómo se es: es el objetivo de las ciencias del «Progreso» se dice en nuestra sociedad que hemos avanzado respecto de otras épocas porque hemos progresado en nuestra capacidad de análisis, de toma de conciencia sobre nuestros motivos, nuestras frustraciones, nuestros escapismos...)

frente a eso hay que preguntarse si es más el que goza o el que se conoce, si el progreso está en el crecimiento en la conciencia

o en el crecimiento en la satisfacción de vivir

el conocimiento de sí, la toma de conciencia, son progreso y se hacen gozo

si llevan a descubrir la esperanza

si invitan al ofrecimiento a los demás

si enseñan a aceptarse

- *Sólo es verdad lo que encontramos juntos.*

hay dos tipos de verdades: la matemática, lógica, «inerte»,

la humana, marcada por la alegría y la tristeza

verdad es la coincidencia entre lo esperado y lo encontrado

esa coincidencia nunca existe del todo en la acepción «humana» de la verdad

vivimos la verdad cuando unimos las dos acepciones:

juntos vamos encontrando el proceso de los propios deseos

y su relación con nuestro conocimiento de la realidad

- *Divide y te quedarás sin nada.*

las cosas de la vida hay que considerarlas  
como un conjunto: relativo a la felicidad  
como unión de elementos: relativo a los conocimientos varios  
subrayar el segundo puede hacer olvidar el primero  
se manipula a los hombres cuando se les entretiene con el segundo  
es como vivir en una casa con las llaves de todas las habitaciones  
pero sin la llave de la calle  
a veces la escuela puede llevar a ese disparate,  
sobre todo si no hay o no se ve la intención de conjunto

- *El recién nacido se hace persona con su primera sonrisa* (prov. chino)

la alegría supone siempre un atrevimiento, una superación de los motivos  
evidentes  
(nunca hay garantía total y palpable de que merece la pena sonreír)  
nos hacemos personas, así, en la medida en que nuestra esperanza se nos  
hace sonrisa  
(nuestra esperanza: nuestro intento de superar lo que ya tenemos)  
por eso nada más cautivador que la sonrisa: nos arrastra la esperanza que  
hay tras de ella  
por eso nada más inhumano que la «seriedad fría»: es la cara de la des-  
esperación

- *¿Se puede ver más de lo que ya se conocía?*

hay dos clases de personas: las que viven de prejuicios  
las que llegan a escuchar  
es muy costoso llegar al segundo tipo:  
paciencia, experiencia ,atrevimiento, años  
de todos modos: cada uno tendemos a vernos en el otro,  
y así le prejuizamos, sin escucharle ni verle de verdad  
superarlo nos da miedo a veces  
porque todo lo que sea olvidarnos de nosotros mismos nos lleva a una  
cierta inseguridad

- *Sólo crece el que se fia de alguien.*

la sociedad propone con frecuencia un lema distinto:  
crece el que sabe más, tiene más, habla más...  
la vida real nos dice que somos más grandes cuanto más hondamente vivi-  
mos la amistad o el encuentro  
la amistad consiste en tenerse fe,  
es decir, en entregar algo de tu propia seguridad en las manos del otro,  
en aceptar porque sí su modo de ver la vida

al fiarnos vamos encontrando el atreverse, el abandonarse, el recibir (siempre recibe algo), el esperar, la fecundidad, crecemos.

- *Esperamos porque ya hemos encontrado lo que esperamos.*

en realidad ya tenemos lo que deseamos

lo tenemos de una manera inicial, gremial, ingenua... pero real  
si buscamos algo es porque ya lo hemos pre-sentido:

presentir es poseer ya eso buscado

lo que motiva nuestra búsqueda no es algo exterior a nosotros,  
sino algo bien real en nosotros,

que pretende desarrollarse

(incluso antes que nos pongamos a quererlo)

por eso sólo los míopes pueden estar tristes:

esperar no es adquirir cosas nuevas

sino desarrollar las que ya tenemos.